

Bernardita  
Maldonado\*

Estudiante de la Carrera de Lengua Castellana y Literatura  
Universidad Nacional de Loja  
Correo electrónico: bernarditamaldonado@hotmail.com

# El simbolismo en la configuración del modernismo ecuatoriano

## The Symbolism The Configuration Of Ecuadorian Modernism

*"El mundo es un objeto simbólico"*

Salustio

El simbolismo se define como el arte de pensar en imágenes. La imagen contribuye a explicar aquello que deseamos expresar, es decir, es producto de un proceso de condensación expresiva, es un punto referencial para diversas y variadas percepciones. El símbolo es la relación de una imagen con sus múltiples posibilidades de significación.

Mc Saunier (1984) asevera que "los símbolos son la expresión sintética de una ciencia maravillosa, de la cual los hombres han perdido el recuerdo" (p. 85). El origen del símbolo es la interacción de los hombres con la naturaleza, lo que confirma la importancia de una realidad individual, universal, interna y colectiva que es fuente generadora de símbolos, la vida en sociedades urbanas genera y promueve relaciones simbólicas. El mundo en general engendra símbolos de sí mismo acercando lo natural y lo social.

La poesía siempre ha acudido a símbolos para transmitir sensaciones, pensamientos o estados de ánimo, es un recurso más antiguo que la escuela simbolista. La etimología de símbolo alude a arrojar una idea para que alcance un espacio en blanco iluminándolo, sin embargo, el símbolo no sólo puede utilizarse para referir algo inmenso o complejo, también es portador de significados que esperan ser revelados.

El símbolo basa su relación con el objeto que designa en una arbitrariedad (...), el símbolo es un signo referido al objeto en virtud de una ley, normalmente una asociación de ideas comunes que operan para lograr que el signo sea interpretado como referente de ese objeto (...), el símbolo es un decir sin decir, que permite hablar a su intérprete (Beuchot M1999, p. 97).

El pensamiento simbólico es uno de los rasgos más definitorios del ser humano, el cual establece una relación de mediación o interpretación entre el símbolo y lo representado, así el laurel con la victoria, el ciprés con la muerte, la lluvia con la tristeza, la luz con el intelecto, etc. Objetos, elaboraciones o fenómenos naturales a los que el hombre dota de significados, lo que acerca el símbolo a la definición sausseriana del signo.

Desde tiempos remotos, el valor del símbolo intensifica la religiosidad. Las primeras manifestaciones simbólicas se dieron a finales del paleolítico hace aprox. 4.000 años, cuando se espolvoreaba con polvo rojo ocre los cadáveres. Civilizaciones antiguas como la egipcia, griega, caldea, fenicia, inca, árabe, sumeria, entre otras, nos han legado símbolos como el águila, el sol, el ojo, la serpiente,

BERNARDITA MALDONADO · Es autora de Biografías de pájaros (CCE Loja, 2007). Consta en las antologías Abriendo puertas...por amor al arte (Celya, Salamanca 2006), Miguel Hernández (Universidad de Alicante, 2007) y Antología para el siglo XXI Fernando Sánchez Sabido. Ha publicado poemas en la revista Palabrar de la CCE Núcleo de Loja y en las revistas españolas Cuadernos del matemático (Madrid, 2009), Auca (Alicante, números 17, 24, 27 y 31) Guaraguao (Barcelona, 2012) Poemas (Revista

Suridea, noviembre del 2012) Héctor Manuel Carrión la extensa soledad del corazón (compilación y estudio introductorio de la obra de Héctor Manuel Carrión) (CCE Loja, 2014) y son de próxima publicación Con todos los soles lejanos, de la CCE Loja, Con el liceo poético de Benidorm, he realizado recitales poéticos por la Comunidad Valenciana desde el 2005 hasta el 2009. Colabora con la revista literaria Rocinante. Es estudiante de Literatura de la UNL.

manos extendidas, chacanas, etc. A lo largo de la historia se han alternado etapas y culturas, en las que con mayor intensidad el simbolismo establecía correspondencias múltiples entre el mundo físico y el espiritual. Un ejemplo de esta intensa presencia del simbolismo es el periodo románico, donde la condensación simbólica rige diversas disciplinas como la alquimia, la astrología, la filosofía, la mística, la poesía o la teología, consolidando el valor del símbolo como elemento portador de manifestaciones míticas y sagradas que se fueron instalando en el fondo subyacente de las sociedades de todos los tiempos. Las representaciones simbólicas han permanecido en soledad, con una fuerza serena, constituyendo parte de nuestra herencia ancestral.

Justamente una vuelta, un retorno a esta herencia ancestral es lo que constituye el simbolismo, que surge en Europa a finales del siglo XIX y principios del XX y que, a pesar de su origen netamente literario, después se extendió a otros campos, especialmente al arte pictórico y a la música abarcando diferentes fenómenos y expresiones, como los mitos, las figuras del lenguaje o los ritos religiosos.

En lo que se refiere a la literatura, los escritores simbolistas intentan ponerse al margen de la política, de un progreso basado en una industrialización creciente al margen de una cotidianeidad anodina. La finalidad esencial de este movimiento es el signo y su significado, proclaman y reivindican la imaginación como el instrumento más adecuado para explorar la realidad, así como rechazan los movimientos anteriores como el romanticismo y el naturalismo. El antecedente más remoto del simbolismo se encuentra en Víctor Hugo, quien en *Las Odas* de 1822 dice: “bajo el mundo real, existe un mundo ideal que se muestra resplandeciente a los ojos de aquellos que están acostumbrados a ver en las cosas más que las cosas” (Lemaitre, 1965). Esta frase, emitida casi a finales del romanticismo francés, prefiguró y preparó el camino para los posteriores simbolistas.

El romanticismo había llegado a una depreciación estética reduciéndose a ser un simple inventario de temas y recursos discursivos, que se desgastaba en la composición de odas, elegías, sonetos, epigramas, y que giraba en torno a una poesía que se volvía repetitiva, carente de sorpresa, de imágenes y de trabajo técnico, lo que suscitó una profunda crisis que se reflejaba en las ventas de las librerías del París de entonces y principalmente en el surgimiento de grupos, que intentaban consolidarse como alternativa al envejecido romanticismo. Uno de estos grupos era el conformado

por un grupo de intelectuales, que consideraban que, después de haber vivido el espíritu aventurero del romanticismo, era hora de volver a casa y hacer de la poesía un instrumento para la predica de valores, de buenas maneras y de sensatez, este grupo fue conocido como Escuela de la sensatez.

En oposición al puritanismo burgués de la *Escuela de la sensatez*, otro grupo conformado por militantes de izquierda propugnaba hacer de la literatura un arte para el pueblo, un arte para la educación, un arte útil a la sociedad.

Contra estos dos grupos y contra el romanticismo, surge un potente movimiento, que buscaba un arte para sí mismo. Este movimiento diverso en géneros y procedimientos daría paso a la conformación del simbolismo. Un destacado representante de estos inicios del simbolismo fue Theophile Gautier, a quien años más tarde Baudelaire dedicaría sus *Flores del mal*. En este espacio inaugural del simbolismo también destacan Leconte de Lisle (1818-1894) y Theodore de Banville (1811-1872). Estos tres poetas fortalecen la reacción antiromántica de la que surge el simbolismo.

El 18 de septiembre de 1886 *Le Fígaro* publica el manifiesto simbolista de Jean Meas, que en una de sus partes proclama: “Los aspectos de la naturaleza, las acciones de los humanos y todos los fenómenos, no se manifiestan en sí mismos sino en apariencias sensibles destinadas a representar sus finalidades esotéricas” (Sánchez, 2005, p. 189).

Todos los poetas simbolistas y sus precursores buscaron experiencias esotéricas, vivencias límite, ambientes nocturnos. Víctor Hugo teorizó sobre los misterios del hombre en una de sus crisis místicas y puso un precedente de la definición del poeta como vidente, definición con la que después se identificaría Rimbaud. Baudelaire encuentra que el mundo es un universo colmado de signos y que es labor del poeta descifrarlos. También el simbolismo francés se nutrió de la obra de Edgar Allan Poe, quien fue traducido por Mallarmé y ejerció notoria influencia en los poetas simbolistas, pero no fue la única influencia de la lengua inglesa, ya que poetas como Verlaine y Rimbaud vivieron algunas temporadas en Londres. Hay también en el simbolismo un componente de la cultura alemana notorio en Jules Laforgue y en las lecturas hegelianas de Mallarmé.

Los simbolistas produjeron un grupo de texto poéticos llenos de futuro, no se puede decir lo mismo de la novela que tuvo que hacer un camino más largo para consolidar su componente simbólico, que se alcanza con Proust.

El simbolismo literario juega un papel decisivo en la búsqueda de la emancipación cultural hispanoamericana no sólo por su importancia a nivel estético, sino también porque tiene como marco filosófico las ideas de los enciclopedistas, que constituyeron el germen del pensamiento libertario. En esta etapa de búsquedas emancipatorias y de identidad cultural como rechazo a las envejecidas monarquías absolutas y especialmente a la española, los escritores hispanoamericanos dirigen sus miradas a Francia y encuentran en su literatura la fuente de inspiración para crear nuestra literatura. Una de las principales características del simbolismo es el surgimiento del verso libre; bajo la influencia plástica de los parnasianos, el verso libre adquiere una armonía verbal antes no alcanzada. En el manifiesto simbolista dice en una de sus partes sustanciales:

El ritmo: la antigua métrica brillante; un desorden sabiamente ordenado; la rima refulgente y cincelada como un escudo de oro y de bronce junto a la rima de las fluideces abstrusas; el alejandrino con pausas múltiples y móviles; el empleo de ciertos números impares. (Sánchez, 1982, p. 210)

El simbolismo francés sentó las bases de la futura vanguardia y marcó de una manera especial a las letras americanas más que a las españolas. Los precursores del modernismo hispanoamericano, como José Martí (1853-1895) o Julián del Casal (1863-1896), asimilaron de simbolistas como Théophile Gautier el uso de palabras sugestivas y la búsqueda de perfección en la forma, de Leconte de Lisle, que en *Poèmes antiques* revivió personajes míticos de las leyendas de los pueblos medievales y de los mitos griegos, aprendieron a incorporar seres fantásticos en sus poemas, cultivaron la metáfora al modo de Mallarmé, la musicalidad ante todo como Verlaine, exploraron el mundo de las sensaciones como lo hicieron Baudelaire y Rimbaud y de todos ellos asimilaron un pacto de rompimiento con la contemporaneidad, que los llevó a explorar los límites de la percepción del mundo fuera del aquí y del ahora.

Fue de mucha importancia para los primeros simbolistas hispanos la relación con la música, con las piedras preciosas, los perfumes y, especialmente, con los colores. El 30 de julio de 1888, Rubén Darío va a exponer de forma más explícita lo que quería evocar con el color azul, con su obra del mismo nombre, en la que está presente toda la capacidad de sugestión y seducción de este color. No obstante, más allá de estas cualidades de la obra de Rubén Darío, con *Azul* se da origen al modernismo, configurado con una importante

marca del simbolismo francés, en palabras de Juan Ramón Jiménez “lo más importante del modernismo es lo que representa: una plenitud simbolista” (Guillón, 1962, p. 471).

Los escritores hispanoamericanos, además de tomar los temas y las técnicas simbolistas, buscan adaptar los mitos a su propia realidad y revalorizan los nombres y los significados de flores como orquídeas, crisantemos, rosas, convirtiendo estas flores en símbolos.

Los simbolistas ecuatorianos aunaron con fecundidad las lecturas de los grandes simbolistas franceses con coplas, canciones, leyendas, es decir, con el sustrato de nuestra oralidad. Las evidencias de los elementos simbólicos de nuestros autores están presentes en toda la producción poética de fines del siglo XVIII y principios del XIX. La poesía simbolista fue difundida apasionadamente por intelectuales guayaquileños como Francisco Fálquez Ampuero, José Antonio Falconí y el lojano Héctor Muel Carrión.

La estética simbolista impone, principalmente en Guayaquil, un mundo refinado, sensual y exótico, que contrasta con lo convulso del aspecto político del país, envuelto en guerras entre liberales y conservadores, la revolución juliana, la educación institucionalizada de la mano del conservador García Moreno, revueltas de las minorías negras que tienen el marco de una naciente economía agroexportadora, el surgimiento de un proletariado que el 15 de noviembre de 1922 es víctima de una salvaje represión que ha pasado a la historia. Contrastes que inciden en la configuración de un universo particular, en el que se hacía presente la urgencia de dialogar con su medio y en el que todavía permanecía latente la relación con lo sagrado. Un universo donde también buscaban los simbolistas una cristalización del espíritu americano a través de nuevas construcciones simbólicas, basadas en correlaciones entre percepciones sensoriales y fantasía heredadas del simbolismo francés y de la necesidad de la conformación de una literatura propia, lo que convierte al modernismo ecuatoriano en un proceso de hibridación.

El modernismo oficial de nuestro país tiene en Arturo Borja, Ernesto Noboa y Caamaño, Humberto Fierro y Ricardo Ángel Silva sus exponentes más divulgados. Sin embargo, un estudio a las revistas de la época, fuera de las grandes urbes como Quito y Guayaquil, visibiliza la existencia de otros modernistas que aportan matices y diversidad a este movimiento.

Para construir relaciones simbólicas se ponen en marcha múltiples dispositivos, acumulados durante la experiencia vital de los individuos y las sociedades. Dado lo diverso de nuestras culturas, sociedades y de nuestros espacios geográficos, las experiencias no son homogéneas, lo que da como resultado la

construcción de poéticas con diversos registros simbólicos, poéticas de finales del siglo, que no están inscritas en lo que la convención ha llamado modernismo y que, con omisiones y presencias y por ser la piedra angular de la poesía ecuatoriana, abren una amplia expectativa de estudios.

## Referencias Bibliográficas

Beuchot, M (1999). *Las caras del símbolo: el ícono y el ídolo*. Madrid: Editorial Caparrós.

Guillón, R. (1962). *Biografía Interior de Juan Ramón Jiménez*. Madrid: Editorial Aguilar.

Lemaitre, H. (1965). *La poésie de puis Baudelaire*. París: Editorial Armand Colin.

Michese, A. (2013). *Diccionario de Retórica*. México: Editorial Ariel Letras.

Sánchez, A. (1982). *Nueva historia de la literatura hispanoamericana*. Valparaíso: Editorial Universidad Católica de Valparaíso.

Saunier, M (1999). *La leyenda de los símbolos filosóficos, religiosos y masónicos*. México: Editorial Valle de México.

Beristain, H. (1995). *Diccionario de retórica y poética*. México: Ed. Porrúa.

Cirlot, J. E. (1990). *Diccionario de los símbolos*. Buenos Aires: Editorial Labor.

Ferrater Mora, J. (1999). *Diccionario de filosofía*. Ed. Sudamericana.

Damasio, A. (2000). *Sentir lo que sucede: cuerpo y emoción en la fábrica de la consciencia*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.